



Sobre el río de Rusia

Se me ha requerido para que proteste contra el bloqueo de la Rusia soviética decretado por la Entente, y voy a exponer aquí lo que he contestado a los que a ello me requieren.

Durante la guerra me pareció muy bien el bloqueo de Alemania, tanto porque era un medio de defensa de parte de los aliados, como cuanto que con ello se buscaba derrotar a una secta o casta, kaiserista y militar, que tiranizaba al pueblo alemán. Si ahora supiese yo que la Rusia soviética y bolchevique, la de Lenin y Trotzky, ataca, de un modo o de otro, directa o indirectamente, a los aliados o a los neutrales, y que en ella, en esa Rusia, una secta o casta tiraniza al resto del pueblo, declararía desde luego que el bloqueo ese me parece muy bien. Como no sé si ocurre eso—que es lo que dicen los antibolcheviquistas, no me lanzaré a aplaudir el bloqueo; pero como tampoco sé que no sea así, tampoco he de protestar contra el bloqueo. No sé a ciencia cierta casi nada de lo que pasa en Rusia; pero me ocurre a este respecto algo de lo que decía Campoamor que le ocurría a él en relación con Sócrates.

«Sócrates—solía decir Campoamor—aseguraba no saber más que una cosa, y es que no sabía nada; pero como desde Sócrates a mí el mundo ha adelantado algo, yo sé más que él, y es que yo no sé nada y los demás tampoco.» Y por lo que hace a lo que está pasando en la Rusia soviética y a los frutos que dé el bolcheviquismo y a este sistema mismo, creo saber que aquí, en España por lo menos, yo apenas sé cosa de cierto, y los demás que hablan de ello no saben más que yo.

Cada parte, la bolcheviquista y la antibolcheviquista, culpa a la otra de esparcir mentiras sobre lo que en Rusia pasa, y los que no podemos comprobarlo estamos propensos a errec que mientan y exageren unos y otros.

Y por lo que hace al sistema—sistema de aplicación o procedimiento más que doctrina—bolchevique, hay quienes creen que lejos de ser socialista es antisocialista. Lo creen sobre todo aquellos que han educado su mente en un socialismo que podríamos llamar individualista—aunque haya cortos de alcance a quienes esto les parezca una contradicción—y hasta anarquista. Y este es el caso más frecuente en España.

Hay quien dice, no sabemos con qué fundamento, que los soviets no respetan la libertad individual y hasta la persi-

guen, y que a la vez tampoco representan al Estado. Asegúrase por algunos que el comunismo que tratan de fundar no es tal comunismo, no es colectivismo. En el sistema comunista, una fábrica, una tierra, un navío, se estima que son de la comunidad social, de la colectividad toda, y no de los obreros de la primera, de los que cultivan la segunda y de los que hacen navegar al último. Por mi parte no sé nada de ello ni he logrado enterarme bien de cómo coordinan sus acciones los distintos soviets.

Una cosa parece, por lo menos, cierta, y en la que están todos los que de las cosas de Rusia tratan, conformes, y es en que los soviets son corporaciones de obreros y de soldados. Y a mí esto de soldados, como algo distinto de los obreros, me parece detestable.

Entre las gentes que se dedican a ponernos motes a los publicistas y a tratarnos como los entomólogos hacen con los insectos clavándoles en el corcho de una cajita con un alfiler por el coselete y poniéndoles un mote — «metoloutha fullo», v. gr., — me han fichado de antimilitarista. Pase y no he de protestar contra ello concretamente, aunque sí contra todo fichamiento. Toda mi vida de escritor público es un constante combate por quitarme de encima motes y encasillamientos, manteniendo mis sentimientos y mis ideas fundamentales, y riéndome de los mentecatos que por carecer del sentido dialéctico más elemental ven contradicciones en el juego de las antinomias que surgen de la realidad. Un poquito de lógica hegeliana o siquiera kantiana — la hegeliana era la de Carlos Marx y la de Proudhon — les curaría de su enfermedad.

Digo, pues, que por parte de los que no conciben la realidad histórica sin encasillarla en cuadrículados estadísticos, se me ha puesto entre otros motes — y algunos contradictorios entre sí — el de antimilitarista. Y debo decir que si las Juntas de Defensa, v. gr., de la oficialidad del ejército me parecen mal, rematadamente mal, me parecen sindicatos que suprimen la libertad de sus afiliados, convirtiéndolos en siervos — que no por serlo voluntariamente deja de ser siervo el siervo — y que rompen la disciplina social y civil y conspiran contra las libertades públicas y hasta contra el Estado, los sindicatos de soldados, los Soviets, si llegaran a formarse, me parecerían tan mal. No peor, pero sí tan mal, rematadamente mal.

Somos muchos los que creemos que sólo el Estado, organizado de una o de otra manera, es el que puede con justicia am-

parar la libertad de cada cual y señalar el límite de ésta en su conflicto con otras libertades; que el Estado ha de regirse representativamente, y que ni un rey, ni una oligarquía, ni la oficialidad del ejército, ni la clase de tropa, ni el ejército todo pueden decir: «El Estado soy yo.» No, el Estado no es el rey, no es el ejército, no es la burguesía; pero tampoco lo es el proletariado. Es decir, no deben serlo.

Para no pronunciarnos desde luego en favor de la actual revolución rusa de los Soviets — ni en contra — tenemos el ejemplo de lo que en Inglaterra les pasó a no pocos liberales y demócratas con la Revolución francesa, y al frente de ellos al gran orador Burke, y es que empezaron saludándola con entusiasmo y tuvieron luego en nombre de la libertad y de la democracia que volverse contra ella, contra los terroristas de Marat y compañía.

¿Que la Revolución rusa se consolida y acaba por establecer un régimen colectivista en que puedan vivir libremente de su trabajo todos los que trabajen y en cuanto trabajen, mientras no estén impedidos para ello? Mejor que mejor. ¿Que demuestra la posibilidad histórica del comunismo? Muy bien. No creemos que la propiedad privada de los medios de producción sea una necesidad histórica puramente. ¿Que haya de traer la felicidad de los pueblos? Esto de cuesta ya más creer al que esto escribe. No cree en la felicidad colectiva — ni en la individual, no siendo para los tontos — ni cree en el orden permanente. Y en cuanto al bolcheviquismo, la verdad, apenas si cree nada. Ignora.

Miguel de UNAMUNO.